Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

Semana Santa

Miércoles Santo

Salmo 68

Por tu bondad, Señor, socórreme. Dios es santidad y bondad infinita. En virtud de esta bondad, Dios es infinitamente bueno en Sí mismo, lo es también con relación a las criaturas y, en particular, respecto al hombre. Del amor nace su clemencia, su disponibilidad a dar y a perdonar, la cual ha encontrado, entre otras cosas, una expresión magnífica en la parábola de Jesús sobre el hijo pródigo, que refiere Lucas (Cf. Lc 15, 11-32). El amor se expresa en la Providencia, con la cual Dios continúa y sostiene la obra de la creación[1].

De modo particular el amor se manifiesta en la obra de la redención y de la justificación del hombre, a quien Dios ofrece la propia justicia en el misterio de la cruz de Cristo, como dice con claridad San Pablo (Cf. la Carta a los Romanos y la Carta a los Gálatas). Así, pues, el amor que es el elemento esencial y decisivo de la santidad de Dios, por medio de la redención y la justificación, guía al hombre a su santificación con la fuerza del Espíritu Santo[2].

La Semana santa nos lleva a meditar en el sentido de la cruz, en la que «alcanza su culmen la revelación del amor misericordioso de Dios» (cf. Dives in misericordia, 8). Dios nos ha salvado por su infinita misericordia. Para redimir a la humanidad nos entregó libremente a su Hijo unigénito. ¿Cómo no darle gracias? La historia está iluminada y dirigida por el evento incomparable de la redención: Dios, rico en misericordia, ha derramado sobre todo ser humano su infinita bondad por medio del sacrificio de Cristo.

Por tanto, nuestra respuesta a la infinita bondad de Dios, que siempre nos socorre ha de ser nuestra diaria conversión, como un impulso a volver a los brazos de Dios, Padre tierno y misericordioso, a fiarnos de él, a abandonarnos a él como hijos adoptivos, regenerados por su amor. La Iglesia, con sabia pedagogía, repite que la conversión es ante todo una gracia, un don que abre el corazón a la infinita bondad de Dios. Él mismo previene con su gracia nuestro deseo de conversión y acompaña nuestros esfuerzos hacia la plena adhesión a su voluntad salvífica. Así, convertirse quiere decir dejarse conquistar por Jesús (cf. Flp 3, 12) y 'volver' con él al Padre[3]; y hacer efectiva la respuesta que hemos dado al salmo: *Por tu bondad, Señor, socórreme.*

---

1 JUAN PABLO II, AUDIENCIA GENERAL, 18 de diciembre de 1985

2 Ibidem

3 BENEDICTO XVI, AUDIENCIA GENERAL, 6 de febrero de 2008

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)